

a su condición de clase, va a señalar diferencias, e incluso antagonismos, con el proyecto del sarmientismo propiamente tal, en ese momento identificado con un grupo que se constituye como dominador. Lo propio, por ejemplo, de Vivaceta es completar la obra emancipadora en el sentido de incorporar a los trabajadores a las conquistas que nos legaron los padres de la patria. Ya en esto hay una acentuación que muestra la perspectiva desde la que piensa el líder mutualista, pero la identidad de la reflexión de este grupo social se hace aún más patente cuando cuestiona la inmigración europea, la importación de manufacturas de los países industriales, el desarrollo de las técnicas productivas como fuentes de cesantía y miseria.

Es decir, se enmarca únicamente de manera parcial en el proyecto modernizador y europeizante del sarmientismo: recibe en buena medida las ideas de la Ilustración, del romanticismo social y hasta del positivismo pero no está dispuesto a aceptar la materialización que dichas ideas han tenido en los países industrializados ni mucho menos la invasión (aceptada o directamente propiciada por los grupos dominantes latinoamericanos) que aquéllos llevan a cabo tanto por su gente como por sus productos.

Esto no significa, sin embargo, que no pueda tomarse en numerosas oportunidades a Inglaterra o EE.UU. como modelos que deben hasta cierto punto ser imitados. Se dice, al señalar las causas del atraso en que se encuentra Chile que, si como en tales países se diera entre nosotros la debida importancia a la instrucción o a la formación profesional, no ocurriría aquí lo que se está lamentando.

2. El pensamiento y la práctica del mutualismo van a evolucionar, y ya hemos ido mostrando algunos aspectos, desde el socorro hacia un proyecto nacional alternativo.

Hemos visto cómo estas organizaciones se fundaron teniendo por objetivo primordialísimo la protección mutua entre los asociados; los trabajos de la sociedad están orientados a aliviar los momentos dolorosos en la vida del trabajador y su familia. Paulatinamente, no obstante, y sin abandonar jamás la posición señalada, van a irse abriendo a nuevas dimensiones al concebir que el bienestar del artesano es imposible de entenderse y de lograrse si no es en conjunto con una serie de elementos económicos, políticos y culturales de alcance global. Es decir, en la medida que el análisis de los problemas y el planteamiento de las soluciones se van percibiendo con un sentido estratégico.

Así aparece la necesidad de trascender el nivel de la seguridad individual para comenzar a preocuparse conjuntamente de las situaciones en medio de las cuales se ubica la existencia del artesanado. Se manifiesta entonces la preocupación por lo relativo al desarrollo o deterioro de la industria nacional y las políticas fiscales de proteccionismo o librecambismo, el desenvolvimiento de una cultura y de una educación útiles y funcionales al propio desarrollo de las manufacturas en el país, las condiciones de vida y trabajo de los artesanos. A este último respecto, son relevantes las dos campañas que lleva a cabo *El Gutemberg* en 1886 a propósito del trabajo nocturno de los tipógrafos y de las altas tarifas cobradas por el ferrocarril urbano.

Todos estos asuntos van a ir dando lugar a un desarrollo ideológico y a una evolución de la práctica de estas sociedades, cosas ambas que van a cristalizar haciéndose proyecto político en 1887 con la fundación del Partido Democrático.

Hay que destacar, por otra parte, que la evolución producida no es únicamente fruto de una madurez sino que también es producto de la consolidación de algunas liberta-

des. Durante el gobierno de Manuel Mont (1851-1861) haber realizado planteamientos políticos de alcance nacional y, sobre todo, por parte de organizaciones habría significado ser por la fuerza suprimidas. La consolidación de la libertad de asociación y de la libertad de imprenta permitieron que los artesanos pudieran expresar la cabalidad de su pensamiento y no debieran estar autocensurándose a aquellos elementos más inofensivos. Por cierto, este mismo aumento de libertades facilitó la consolidación de las sociedades mutuales y, al interior de ellas, de una intelectualidad obrera capaz de desarrollar un pensamiento más elaborado y coherente.

3. Otra cuestión que debe ser destacada es la asimilación, por parte del artesanado, de una serie de pautas de comportamiento tomadas de las clases altas de la sociedad y de los países industrializados, cosa ésta que va seguramente unida con una estratificación en el interior de la clase trabajadora: entre los artesanos que han sido capaces de sobrevivir a la invasión de manufacturas y quienes han sucumbido transformándose en simples proletarios o en artesanos dependientes de un jefe de taller.

Hay una serie de informaciones que nos entrega la prensa de la época acerca de la modificación de las costumbres: el aprendizaje de técnicas que requieren estudio, la práctica del ahorro sistemático en instituciones ad hoc, la organización y participación en organizaciones gremiales o de educación, diversión, etc. Hay asimismo numerosas informaciones que nos son entregadas por la documentación iconográfica, en particular por la fotografía, y que se refieren al atuendo personal, a la ornamentación de los locales societarios, al vestuario. Ambas fuentes, tanto la prensa como la fotografía, dan testimonio de un cambio significativo entre 1850 y 1900, en que paralelamente el carácter social y el económico del artesanado de las ciudades importantes se ha modificado así como se ha modificado también la manera de trabajar y sobre todo de vivir cotidianamente, tanto en la esfera de lo privado como especialmente de lo público.

4. Las sociedades de artesanos de la segunda mitad del XIX manifiestan a través de su pensamiento, diversas iniciativas cercanas al socialismo: la asociación de los trabajadores, la organización cooperativa, la petición al Estado de una planificación educacional, el afán de una práctica autónoma y de clase. Sin embargo, esto no llega a conformar un pensamiento que se plantee como alternativa coherente al liberalismo ni como proyecto económico opuesto al capitalismo.

Lo que marca al pensamiento de estas sociedades más bien es la ilustración y el deseo de extender a toda la población distintos beneficios de los que ya goza una parte de ella. Se trata de un pensamiento ilustrado popular. Pensamiento que proviene manifiestamente de la misma fuente en que bebieron los hombres de la independencia y del liberalismo posterior, aunque el sello de la clase artesana industrial esté relativamente explícito. La recurrencia a la trilogía francesa, el uso permanente de expresiones como «ilustración del pueblo», «sistema republicano», «progreso», «liberalismo», «artes industriales» y todos éstos en oposición a «letargo del coloniaje» o «herencia hispánica» hacen patente la presencia de una tradición ideológica que no se estructura primeramente en términos de propietarios-proletarios.

No obstante lo dicho, ello no significa que, en oportunidades, no aparezca la polaridad clasista, como algo importante y decisivo. En diversas ocasiones los grandes industriales o los poderosos o los dueños del gobierno aparecen como los causantes principales

de los males que aquejan a la clase pobre. Pero ante este análisis lo que se propone no es la subversión del orden económico social. No se busca suprimir el sistema que posibilita la existencia de esos grupos sociales nefastos para el artesanado.

Algo paralelo es lo que ocurre con respecto a los países industrializados. El artesanado chileno percibe claramente el perjuicio que significa para sus intereses la importación de manufacturas extranjeras. Denuncia esta realidad y propone una serie de medidas de corto y largo plazo para terminar con una situación que tiende a arruinarlo y a transformarlo en proletariado. Pero en todo caso no se llega a articular un programa de corte antiimperialista que pudiera enfrentar el asunto de manera global.

Se postulan, sí, una serie de medidas para que nuestro país pueda defenderse y luego competir con las potencias industriales, pero no se llega a elaborar una teoría del imperialismo económico ni tampoco un proyecto de independencia nacional, aunque como decía se esbozan algunos elementos. No es menos cierto, por otra parte, que en esta época y para este grupo la presencia del imperialismo es todavía relativamente débil, pues no ha manifestado toda su fuerza ni las articulaciones entre lo económico, lo cultural y lo político-bélico con suficiente claridad. En todo caso el pensamiento del artesanado tiene en cuenta la crítica a la política librecambista y a la penetración económica extranjera de manera mucho más fuerte que los socialistas o los anarquistas posteriores, quizás hasta 1920.

Eduardo Devés Valdés